

Fantasia de un bibliófilo

"REMEDIOS DEL ALMA"

(Inscripción en el portal de la biblioteca de Osymandias, Faraón de la XVIII dinastía, 1700 años antes de Jesucristo).

No puedo decir que hoy tengo, por mi desdicha debo decir que tenía un amigo, cuya preciosa amistad perdí por motivos que aún no comprendo y que luego se verán. Ese mi antiguo amigo era, y me imagino que lo sea todavía, muy amante de los libros, amor inocente en apariencia, pero no exento de peligros.

Tal afecto reviste su forma más inofensiva cuando lleva trazas de monomanía, pues entonces se semeja mucho a la afición por los sellos de correo, cuyo más ambicioso fin, para quien adolece de ella, es tan solo el llegar a ser propietario de una colección *completa*. En caso semejante los libros tienen sobre los pensamientos o las acciones de su dueño la misma influencia que pueden tener los timbres postales: es bien sabido que los *bibliómanos* no leen, conocen apenas el lomo de sus libros.

Pero un amante de los libros por lo que estos contienen, un *bibliófilo* verdadero, no está libre de percances: unos que afectan a su propia persona y otros a las personas que se le aproximen. Cuando no se tiene el vigor cerebral suficiente, o cuando esa afición se despierta tarde y el tiempo anterior no fue aprovechado en estudios serios y nutritivos que predispusieran el espíritu a la disciplina intelectual, y que sirvieran de cimiento o de núcleo, es muy fácil que el aficionado no logre otra cosa que "*rebotar* (1) su ignorancia", como dijo algún ingenio nuestro, refiriéndose a ciertos viajes al extranjero. Este percance es de los que afectan, no tanto al protagonista como a las personas que se le acerquen, pues nada más peligroso y agresivo que las ignorancias que no se juzgan tales. E ignorar que se ignora es la forma menos curable de la ignorancia.

Otro peligro a que se expone un aficionado inexperto, y este sí para su propia persona, se halla en que —respirando de continuo una atmósfera más o menos artificial, inconforme en la mayoría de los casos con el ambiente en que ha nacido— llegue a perder la "noción de lo real", y a ver

(1) Revolver enturbiando.

las cosas y los hombres “al través de los libros” (1), viviendo entonces fuera del mundo ordinario e incapacitándose, en consecuencia, para la acción y la vida práctica (2).

Aquel amigo de quien hablé, trata de explicar *su caso* por sus condiciones psicológicas, y quizás fisiológicas. Dice que el hombre, fuera de su tarea ordinaria, necesita —empleando una expresión médica— de un *derivativo*. El gastrónomo lo halla en la mesa, el *sportman* en el ejercicio físico, el jugador en las cartas, y el don Juan en el bello sexo. Que en él la debilidad de su digestión y la delicadeza de su cerebro le alejan de modo invencible el plato succulento y la copa espirituosa; que su temperamento linfático-nervioso se quebranta lastimosamente con la gimnasia de los sajones sanguíneos; que no tentándole la simple ganancia, su complicada psicología no alcanza a satisfacerse con la sensación primitiva y rudimentaria del juego más o menos desinteresado; y (agrega con adorable franqueza y no sin cierta melancolía) que de las bellas hijas de Eva no ha podido encontrar la clave, lo que en el lenguaje ordinario significa que las mujeres no hicieron caso de él.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que mi amigo no halla gusto sino rodeado de sus mamotretos; y he llegado a sospechar que no es el estudio austero ni la ardua erudición lo que hace amarlos, sino que su temperamento le permite hallar en ellos cierta íntima y voluptuosa sensación intelectual, como la que los orientales encuentran en el *haschisch*, y en tal caso su afición no sería una virtud, aunque difiera mucho de lo que los lectores vulgares buscan en los libros, y sobre todo en las novelas.

Presumo también que, como aquella mágica sustancia suscita en el árabe visiones y delirios, los libros provocan en mi amigo alucinaciones singulares. Al menos así me lo hace creer lo que me refirió, con algo de candorosa pedantería, y que a continuación se verá, dejándole a él la palabra.

* * *

Una noche, metido en mi cuarto desde la tarde, a la claridad de una lámpara cuya pantalla concentraba sobre el escritorio toda su luz, me cogieron las altas horas buscando un insignificante error de quince centavos en el balance de una compañía industrial; víctima ya de horrible obsesión, incapaz de sumar un número con otro, viendo danzar las cifras y con ardorosa picazón en los párpados, recogí todos los borradores, los volví picadillo y los arrojé al cesto, con intención de empezar de nuevo las operaciones. Hacía tres horas que todo dormía en la casa, en santa paz y sosiego —*le calme adoré des heures noires*— y solo se oía, como única voz, la monótona e incansable de la pila del patio.

Con ánimo de descansar un instante encendí un cigarrillo impregnado de opio, estiré los miembros entumecidos, apoyé la cabeza en el respaldo de la silla, y cerré los ojos. Al abrirlos a intervalos, para arrojar la ceniza

(1) “Al través de los libros amó siempre mi amigo Juan de Dios”.

(2) “No lean ustedes libros de caballería”, aconsejaba el doctor Vargas Vega a sus amigos jóvenes, y entendía por tales libros las filosofías de toda especie.

en el platillo, mis miradas recorrían soñolientas el cuadro familiar y querido de mi vida de estudio y de luchas ignoradas. En el muro, frente al escritorio, el retrato de mi padre, quien duerme su sueño último ha largos años, parecía mirarme con benevolencia, como lo hace cuando mi conciencia está tranquila, es decir, cuando me hallo de acuerdo conmigo mismo.

En contorno mi biblioteca, único lujo que me ha sido permitido, mostraba sus anaqueles cargados de volúmenes, cuyos dorados títulos, en el fondo oscuro, titilaban como estrellas. ¡Cuánta fuerza de voluntad me ha sido necesaria, todos los días, para dedicarme a la tarea cotidiana, a mi prosaico oficio, a la ineludible conquista del pan, estando *ellos* allí, serios y complacientes, incitándome a apagar en ellos la sed de mi curiosidad siempre despierta y jamás satisfecha! Columbrando esos fieles amigos vino a mi memoria la definición que de ellos hace Anatole France: "Yo definiría el libro como una obra de brujería, de la cual se escapa toda suerte de imágenes que turban las almas y cambian los corazones. Diría mejor: el libro es un aparato mágico que nos transporta por entre imágenes del pasado o por entre sombras sobrenaturales".

El ensueño me envolvía, y a medida que las impresiones habituales se embotaban, nuevos sentidos despertaban a la vida y raras claridades iluminaban órdenes de ideas para mí antes desconocidos. Habría pasado un tiempo difícil de apreciar, cuando creí percibir un singular cuchicheo, pero atribuyendo su causa al chasquido de la madera o a algún roedor audaz e indiscreto, continué inmóvil. Sin embargo, luego experimenté la viva sensación de que algo insólito ocurría entre mis libros, y abrí los ojos sobresaltado. La luz de la lámpara se había amortiguado, pero en la media sombra del cuarto era imposible aún reconocer los objetos... De los estantes iban bajando, uno a uno, silenciosos y mesurados, los más de los libros alojados en ellos. Al descender al suelo, por virtud propia o arte de encantamiento, cada uno de esos volúmenes perdía su ordinaria forma de libro, ya para revestir la figura de su autor, ya para dar cuerpo, con singular capricho y nunca soñada fantasía, a sus mismos héroes o protagonistas. Las paredes del cuarto parecieron hundirse en las sombras, el espacio inmenso invadió mi estancia y, a una claridad misteriosa de aurora boreal, tuve ante mí el más raro espectáculo que hayan percibido ojos humanos. Bien sabido es que en las bibliotecas las condiciones de lugar y de tiempo desaparecen, y por ello, a pesar de la distancia y de los siglos, se verificó la milagrosa convocatoria.

Allí se vieron los Patriarcas bíblicos y los Faraones de Herodoto, los astrónomos caldeos y los fakires de Brahma. Aquiles "de pies rápidos" y el sutil Odyseos. Prometeo, amante de los hombres y odiado por los dioses, en ligadura de cadenas inquebrantables. Edipo arrastrando su trágico destino y Dido en su infinita desesperanza.

Epicuro en su banquete y los Estoicos amordazando el dolor. Los Padres de los Concilios el cuerpo macerado, las mejillas hundidas y la mirada ardiente.

La princesa Scheherezada, acariciando en su regazo al hermoso Sultán, adormece sus celos sanguinarios con la magia de sus cuentos. Y en el

límite de la luz, ya en la penumbra, el casco de acero en la cabeza y el pecho desnudo, se dibuja la silueta confusa de los rudos héroes de los Niebelungen.

Francesca de Rimini, la del dulce pecado llorado eternamente, pasa arrebatada en las oscuras ráfagas del infierno dantesco; en tanto que Mignon, la mirada perdida en el vacío, vislumbra al través de las brumas germanas el cielo azul de la tierra de los azahares.

Allá aparece, saliendo del Romancero, el guantelete de hierro de Rodrigo de Vivar, que incita a la acción viril; en tanto que, más acá, el eterno interrogante del príncipe Hamlet lleva al espíritu el infecundo análisis del pro y el contra de las humanas opiniones.

Rabelais muestra su risa bufona y su estómago repleto, cuando Montaigne, reclinando su cabeza sobre "la blanda almohada de la duda" se adormece con su *¿qué sais-je?*

Allá brillan las ávidas miradas de los conquistadores de América y blanquean, bajo las capuchas, las frentes pálidas de los monjes, sus cronistas. Y aquí Calderón *el venerable*, "siempre español".

*Los cabellos plateados,
mansa la mirada y firme,
la cruz de Santiago al pecho...*

Sobre la cátedra sagrada los labios severos y elocuentes de Bossuet immortalizan a las princesas y a los guerreros; y sobre un proscenio Molière se ríe, e imprime marca indeleble en la frente de Tartufo.

La Bruyère escudriña y clasifica a los vanidosos y a los charlatanes con la impasible frialdad del zoólogo; mientras que la Rochefoucauld enseña en sus manos blancas de gran señor su escalpelo despiadado. Voltaire, apegado a la tierra, apaga fuegos con la ducha helada del buen sentido, pero no discierne ya los astros de las luciérnagas.

Lavoisier halla elementos del aire cuando este va a faltar a su pecho decapitado. Allí Newton pone mundos en el platillo de una balanza y Pasteur pone infusorios. Aquí un colombiano mide los Andes con una vasija de agua hirviendo; y, ahí mismo, un guerrero, Libertador y padre de naciones, delira en un alta cumbre.

Allá, solo, quien dictó el *Memorial de Santa Elena*, con su perfil enigmático e imperioso, ya legendario, tan cercano todavía que nada debe a la perspectiva del tiempo, con su gabán gris tan clásico ya como el peplo o la toga.

Solos quedaron en lo alto, sin descender a confundirse en la abigarrada muchedumbre, los cuatro humildes que en colaboración divina y con sus plumas toscas, transformaron el concepto de la vida y del universo, sustituyendo el amor a la fuerza...

Un Don Quijote, desmedrado y triste, en la misma figura en que lo vieron las llanuras de la Mancha, caballero en Rocinante, la visera lazada y en alto el hierro de su lanza, adelantó de las filas y me dirigió la palabra:

“Nuestro señor y dueño: no ignoramos que el primordial deber de un libro que a sí se respeta, es no hablar sin ser interrogado; y si, por vez primera, a ello nos atrevemos sin previa pregunta y sin licencia de vuesa merced, a ello nos mueve el cuidado de nuestro bienestar y el peligro en que se halla la paz de esta mansión tranquila, en que vuesa merced ha logrado que vivan en armonía tantas creencias y opiniones tantas. Se dignará excusar vuesa merced, que sea yo, y no otro más grave autorizado, quien sirva de vocero. Mis camaradas al elegirme quizás presumieron que mi lengua ilustre me haría entender mejor de vuesa merced, y en ello se engañaron, pues se echa de ver que la que hablo ahora no es de modo alguno la de quien me hizo, ya que he sido forzado a ensayar mi discurso en el vulgar dialecto que hoy se estila.

“Y sin más prefacios y con el mayor respeto expongo de seguida nuestra querella. De un tiempo a esta parte cada día, nos trae vuesa merced nuevos y extraños compañeros, que vienen a turbar nuestra tranquila intimidad de largos años. El cómodo alojamiento que vuesa merced había preparado a sus viejos amigos, se encuentra ya estrecho para contener tanta gente nueva, y en estas apreturas ni aun nuestra vida silenciosa es ya posible. Cuando vuesa merced era joven, y nosotros, pocos en número, no éramos su recreo sino su obligación, vivíamos alegres en un estantillo desvencijado, satisfechos de llenar solos la mayor parte de su vida. Más tarde, cuando tuvo a bien traernos e incorporarnos, en más cómoda morada, con camaradas de nuestro valer y calidad, algunos de ellos, austeros y venerables, viejos compañeros de la familia de vuesa merced y que constituyen nuestra reserva, no nos quejamos; porque dicho está que todos ellos eran de la más esclarecida prosapia; así nuestra vida en común se hizo amplia y fecunda, y todos armonizamos y complementamos nuestros esfuerzos en el servicio de vuesa merced.

“Uno de los de la vieja guardia, un antiguo Plutarco aquí presente, adornado con las severas efigies de los hombres ilustres, nos ha referido —en noches en que vuesa merced duerme o no aparece por su casa— cómo vuesa merced en su infancia, con mano sacrilega e irreverente, le plantó un par de disformes mostachos al rostro lampiño del gran Julio César. Ahí se encuentra aún el cuerpo del delito, y nosotros gozamos en imaginar a nuestro señor y dueño infantil y travieso, cuando ahora lo vemos adusto y marchito. Otro de ellos, un vetusto y apergaminado Justiniano, que ha pasado por las manos de cuatro generaciones de abuelos de vuesa merced, nos cuenta los anales y crónicas de su familia —de la que hoy formamos parte— y se divierte en anotar los rasgos atávicos que vuestra merced adolece y cuyo origen vuesa merced desconoce.

“¡Cuántas veces, vuesa merced, hablando y gesticulando solo en su estancia, sin que por ello perdiésemos nuestra respetuosa compostura, ni

nos permitiésemos la menor burla, aunque buenos deseos tuviéramos de ello, ha declarado a nuestra faz que no tenía más amparo ni consuelo que nosotros!

“¡Cuántas veces al verlo flojo y decaído, de nuestra alquimia especial hemos extraído cordiales y óleos maravillosos para restaurar sus fuerzas y ungir sus miembros fatigados!

“En ocasiones, ¿no hemos doblado sus alegrías, haciendo uso de nuestra magia, y héchole entrever infinitos y azules horizontes?

“Jamás hemos abrigado entre nosotros celos de odalisca por las preferencias de vuesa merced, y cada uno ha esperado en calma su turno y su período de favoritismo, sufriendo con paciencia las épocas de desvío y de alejamiento, que para personajes de nuestro valer jamás son definitivas.

“Si a veces nos hemos mostrado esquivos, y hasta severos, ha sido siempre para recordarle la ruda necesidad de la lucha por la vida, para aminorarle la tristeza de dejarnos, para hacerle más liviana la obligación de ganar su pan y de adquirir los medios de conservarnos sin que le seamos gravosos.

“Todos nosotros recordamos con pena una época oscura, durante la cual vuesa merced nos dejó en el abandono y el olvido. Alguien se había apoderado de su espíritu, y nosotros no podíamos contrarrestar ese dominio sospechoso e ignorado; no podíamos luchar con este porque nuestra influencia, aún indirecta e infiltradora, no podía ejercerse, pues vuesa merced ni siquiera miraba nuestros títulos evocadores. Inquietos lo veíamos presa de humores diversos, ya con alegrías extravagantes, ya con desesperaciones tragicómicas, muy distantes de las viriles ansiedades que lo agitan cuando, en compañía de nosotros, busca solución a problemas insolubles. Una noche vuesa merced vino hondamente alterado y se presentó la crisis; pronunciaba un nombre que nos era singularmente odioso, puesto que era femenino. ‘Aquí fue Troya’ dijo este viejo Homero, y todos encomendamos a Kempis que arreglase el asunto. Este huyó del estante y se puso sobre el velador, a la cabecera del lecho, y vuesa merced lo tomó maquinalmente, sin maravillarse de verlo allí, el hombre del orden meticuloso, que nos obliga a estar siempre en puesto determinado y como soldados en formación. Lo abrió al acaso y fijó los ojos vagamente en la página. Todos mirábamos la escena desde nuestras alturas y ya no dudamos del triunfo. Kempis hizo su oficio, y aun cuando desde esa noche tiene algunas páginas manchadas con gotas amargas, que él encuentra dulces, y aunque vuesa merced se quedó dormido con él en las manos, lo que es poco lisonjero para uno de nosotros, él se deslizó de esas manos y se quedó quietecito, sin mover hoja, sobre el pecho de vuesa merced. ¡Buena tarea le tocó esa noche espantando malos sueños y siniestras pesadillas que revoloteaban en torno del lecho y que pugnaban por burlar su vigilancia! Acordándome yo de mi vieja y nunca olvidada afición, ejercitada tantas veces en la llanura de la Mancha, a arremeter contra toda especie de trasgos y encantamientos, me fue fácil prestar ayuda en su obra al bueno de don Tomás, para permitirle ejercer su virtud sedativa sobre los desquiciados nervios de vuesa merced, que desde entonces fue de nuevo e irrevocablemente nuestro.

“Nos hallábamos, pues, en estrecha comunidad de espíritu y de corazón, hasta cuando vuesa merced abrió los diques del cenagoso aluvión que hoy nos ahoga y, peor aun, nos degrada.

“Las incontables hordas de los bárbaros, hollando con sus plantas de analfabetas el augusto suelo de Grecia, madre del espíritu humano, pueden figurar la invasión de este aposento sagrado, saturado de nuestras espirituales emanaciones, por esa turba de volúmenes multicolores, que ni por su origen, ni por sus maneras pertenecen a nuestra casta, ni tienen para con vuesa merced los merecimientos adquiridos por nosotros en larga serie de nobles servicios. ¡Lo bueno que ellos pueden tener lo tenemos nosotros, y lo nuevo de ellos no es bueno!

“Nuestros padres nos elaboran con amor y con paciencia, con espacioso esmero; se incorporaban a nosotros y nos infundían su alma y su sangre; no nos pedían en cambio de la existencia sino la gloria, y se daban por satisfechos con un solo hijo, como fuese sano y robusto; así es que algunos de mis compañeros no cuentan hermanos.

“Estos advenedizos, hijos del afán, son producto de la industria y no del arte; parientes cercanos de las drogas y de los específicos modernos, no deben su vida sino al reclamo y no dan a los autores de sus días efímeros sino dinero, suciedad que nuestros padres no conocieron y con cuyo contacto no se mancillaron.

“Nosotros, sin olvidar que el hombre está ligado a la tierra por sus plantas, sin mutilar su doble naturaleza, sin prescindir de las condiciones materiales de su existencia, no lo mirábamos por una sola de sus innúmeras faces, ‘no abusábamos de la zoología’, y no contemplábamos a la humanidad en escorzo, presentada por el perineo... única visión de ella que tuvieron los más afamados *naturalistas*.

“Nosotros, sin olvidar el hondo estudio de la conciencia, del mecanismo del alma y del juego de las pasiones que nos legaron los grandes *directores espirituales*, judíos, griegos y romanos, paganos y cristianos, y sin renunciar a las conquistas de la sutil experimentación de nuevos tiempos, no condenábamos a nuestros protagonistas ni a nuestros lectores a la enfermiza y paralizante contemplación perpetua de sí mismos, como ídolos indios absortos por la eternidad en la admiración de su propio ombligo... único método artístico de algunos novelistas *sicólogos* de la última época.

“Tampoco, del culto nobilísimo de las letras, alimento de altos espíritus, medio y camino para alcanzar las más elevadas y legítimas aspiraciones a la verdad y a la belleza, hicimos nunca ladrillos babilónicos indecifrables, ni oficio funambulesco, ni ejercicio acrobático, ni incitativo de depravaciones aberrantes de los sentidos... como aquellos que del arte *simbólico decadente* no ven sino los defectos o los vicios de algunos de sus sacerdotes.

“Jamás creímos que la belleza, inaccesible y apenas vislumbrable, fuese especie mineralógica que cristaliza siempre en sólidos definidos, determinables de antemano; y si hoy nos llaman clásicos, no siendo humanos, es por nuestra verdad y sustancia, por nuestro hondo conocimiento y nuestra

fiel correspondencia con el espíritu del hombre, y no por el solo molde o apariencia externa, como parece creerlo el *neo-clasicismo* hueco y negativo de otros tiempos.

“En vista, pues, de lo expuesto y de otras razones que callo, teniendo en consideración nuestros desinteresados y nunca desmentidos servicios, y consultando vuesa merced sus intereses y su paz, esperamos que nos libre ahora y en lo sucesivo de compañías ingratas y desdorosas. No queriendo nosotros que vuesa merced nos tache de exclusivistas, injustos y añejos, y encontrando méritos innegables y buenas costumbres en algunos de nuestros modernísimos compañeros, cada una de las secciones en que nos hallamos divididos presentará a vuesa merced una lista de los meritorios, cuya sociedad nos agrada. El escuadrón que yo tengo la honra de comandar, compuesto de los alados hijos de la ficción poética, ha consentido en la corta lista que dejo en las manos de vuesa merced. Los abstraídos filósofos, los experimentados moralistas, los graves historiadores, los críticos sutiles, los políticos desengañados, presentarán ahora su listas respectivas”.

Yo, que hasta entonces había escuchado con benévola y protectora sonrisa la ya larga perorata del manchego, cuando me inclinaba a recibir las listas ofrecidas, di un salto brusco sobre la silla: el cigarrillo se había consumido y su fuego me alcanzaba los dedos. Cuando volví a mi puesto, después de introducirlos en agua fresca, los libros se hallaban inmóviles y silenciosos en los estantes, en su orden habitual, y las listas no parecieron en parte alguna.

Al siguiente día, y por complacer a mis viejos amigos, hice una selección, de seguro poco atinada, siempre temeroso que no fuese la de su agrado, y condené a los excluidos a perpetuo ostracismo. Estos infelices que fueron a parar a una biblioteca ambulante, parecían satisfechos de abandonar una sociedad demasiado ceremoniosa y aristocrática para su humor de bohemios, y por ahí andan en el mundo, en parajes no muy limpios. Mis excelsos huéspedes parecen complacidos, pues, hasta ahora, no he vuelto a percibir entre ellos movimiento alguno. A poco precio compré la paz doméstica y resuelto me hallo a no turbarla con intrusos.

En las horas áridas del espíritu, el hastío se desliza artero en el corazón, y entonces, desde el fondo de su cuarto, detrás de las pilas de libros, víctima de un miraje embustero, sueña uno con la vida exterior, sensual e inconsciente de la masa de los hombres. Mas cuando, hecho el ensayo, vuelve uno, quebrantado y flojo con la sensación de lo vacío y de lo insípido, al viejo refugio, encuentra allí instalada, en bata y de pantuflas, la apacible figura del buen Sylvestre Bonnard, como encarnación viva del más prudente, del más discreto de los ideales. *In angello cum libello.*

Lleno la tarea cotidiana que las circunstancias me han impuesto y, como el buey uncido, abro cada día mi surco sin preguntarme el por qué de la obligación. Cuando levante obra, para irme al reposo terminal y definitivo, espero que cada cosa quede en su puesto y el taller barrido y limpio. No quiero que los objetos materiales compliquen y obstruyan mi marcha: uso de ellos como instrumentos pero no me someto a ser su es-

clavo. Por ello nada poseo innecesario ni superfluo. En vez de mobiliario estorboso, de guardarropas repletos y de cachivaches complicados, apenas sí tengo un millar de volúmenes, legado precioso no envidiado ni reivindicable por desgraciado alguno, que a todos los hombres que lo quieran hicieron los altos espíritus que los crearon. Quiero tener el alma templada y limpia como acero toledano, y esos volúmenes son los mollejes en que se afila.

* * *

Esto fue lo que me relató mi amigo, y lo que yo le escuché con recomendable paciencia. "Bien, le dije, ¿y qué hubo? Vamos a lo interesante, ¿encontró usted al fin el error de quince centavos en el balance?"

Nada me contestó, pero desde ese día cortó sus relaciones conmigo, cosa que hasta ahora no he logrado explicarme.

(Escrito en diciembre de 1898, publicado por primera vez en *Revista Contemporánea* de Bogotá, noviembre de 1904).